

Sisibaüto / El colibrí

canción Wámonae

Sisibaüto duneika / Bajó el colibrí,

Carucaru na duneika / Volando en círculos,

Nakatiaró duneika / En su nido se posó,

Yacue yacueyó duneika / Donde al fin llegó.

Duneika dunei duneika / Bajó del cielo, bajó.



Xoxori Jorge Yoro

Mayor del pueblo Wámonae

Traducción de **Waipaeri Castro Yoro**

En verano, la sabana esconde muchos caminos. Son senderos ya invisibles a unos pocos metros, que serpentean a campo traviesa, agazapados entre pajonales, saladillos, chaparros y alcornoques. Las huellas se bifurcan y convergen en una sucesión laberíntica: comunican o extravían, según se domine o no esa quiromancia del territorio, que es un arte viva, uno de los saberes e incluso un aspecto de las lenguas en el Resguardo Indígena de Caño Mochuelo.

Los diez pueblos que conviven en el resguardo llevan el arte del camino en la sangre. Codificados en sus lenguas ancestrales, pertenecientes a tres familias lingüísticas diferentes, los caminos de estas sabanas inundables, surcadas por médanos arenosos, pueblan sus gramáticas diversas de imágenes compartidas: ríos y caños, morichales, matas de monte y madre viejas; bancos y bajíos, esteros y rebalses. Para todos ellos, algunos de tradición nómada o seminómada, otros de estirpe agricultora, la sabana se anda; es un espacio de búsqueda y reencuentro constantes, un territorio de fronteras fluidas, trazadas por la brisa y la arena, el agua y el fuego.

Son esos caminos por los que tantos pueblos tan diversos llegaron a un mismo territorio, a lo largo de una historia poblada de azares y decisiones, responsabilidades y accidentes. Hoy los reúne en un mismo espacio el anhelo de conservar vivas sus culturas, sus lenguas, sus canciones, sus bailes y sus rezos; y el deseo de transmitir a las nuevas generaciones el entrañable vínculo con esa sabana inmensa, repleta de espíritus que solo conocen los que pueden ver. Aquí se encuentran los pueblos indígenas del Resguardo Caño Mochuelo, con una sola voz y un mismo propósito: recuperar un territorio de pervivencia para abrir caminos nuevos hacia un futuro que seguirá siendo compartido.



“Hubo un ser que formó a nuestros ancestros, que lo llamamos *Tsobatsa* (Nakón). Él hizo los ríos, los caños, las lagunas, los morichales y todas las diferentes especies de árboles silvestres y frutales, e hizo todos los peces: el yamú, la cachama, la palometa, todo lo que miramos en el agua. Cuando hizo todo eso, nos lo dejó como regalo para que disfrutáramos [...], pero además les dijo a los ancestros cómo debían de cuidarlo para que nunca se les acabara. Nos dejó todo eso para que viviéramos bien. [...] El ser del que hablamos, que hizo todo cuanto vemos, se inspiraba inhalando yopo, masticaba *xuipa*. [...] Así se daba cuenta si lo que iba a hacer era bueno o malo. Siempre se inclinaba por hacer lo bueno, por dejarnos lo mejor, para que nosotros así pudiéramos vivir bien, viviéramos tranquilos. [...] Yo conozco los sitios de nuestros orígenes. Esos fueron caminos indicados por *Tsobatsa* (Nakón), por eso nosotros no los dejamos olvidar. Se nos olvidará el camino el día que muera cada *Tsiripu*”.

Omero Noko Charire

Mayor *Tsiripu*, comunidad de Guafiyal